



ROCAS VIVAS

Por Juan José Garrido Koechlin

Cuando éramos chicos, al menos en mi grupo de amigos, si alguien salía con un despropósito mayúsculo le decíamos entre risas “¡Qué tal roca!”; empero, a veces, el enunciado o la proposición lograban dimensiones sinceramente descabelladas. Estas últimas, raras a su vez, recibían en contraparte -en un coro no contemplativo- un “¡Qué tal rocón!”.

Las “piedras” de la cháchara anticapitalista son diarias y, por lo tanto, uno se acostumbra eventualmente a ellas: que la globalización produce pobreza, que el capitalismo es salvaje, que la justicia social, y un largo -casi infinito-etcétera. Sin embargo, y a raíz de la actual crisis bursátil, los pensadores “progresistas” se desviven por masificar su última creación geológica: que el génesis de la actual crisis es el modelo capitalista. Esto, como ya veremos, constituye un “rocón” de proporciones astronómicas, por lo que nos ocuparemos de ello momentáneamente.

En primer lugar, habría que partir por explicar porqué o cómo se generan los ciclos económicos, este patrón de periodos de expansión y contracción que evidencia la economía intervenida. Para ello, es imprescindible empezar por entender al empresario. Para Hayek, el empresario era aquel agente que tomaba oportunidades (márgenes) dejadas por otros en los mercados. De ese modo, su labor se constituye, básicamente, en poder predecir adecuadamente variables tales como demanda, oferta, competencia, precios y otro largo etcétera. Aquellos que predicen adecuada y recurrentemente, ganan; los que yerran consistentemente, quiebran. Así, el mercado premia a los que mejor satisfacen las necesidades de los consumidores.

Si algo caracteriza a los ciclos económicos es la masiva equivocación por parte de los empresarios, agentes que, como hemos visto, basan su futuro en predecir adecuadamente. La pregunta entonces es: ¿por qué motivo tantos agentes se equivocan simultáneamente? Que uno u otro se equivoque, es parte de cualquier actividad; pero en los ciclos económicos esto es masivo. ¿Por qué?

En el mercado no intervenido, es decir, donde no existen intromisiones en el intercambio y la moneda, la tasa de interés está determinada por las preferencias en el tiempo de los diversos agentes. Así, existe un mercado de dinero donde los ofertantes (ahorristas) proveen de

capital a los demandantes (inversionistas) del mismo. La tasa de interés es aquella que ejemplifica el acuerdo entre ofertantes y demandantes. Quienes toman prestado dinero a una tasa de mercado, lo hacen a fin de tomar dichas oportunidades dejadas por otros -mencionadas anteriormente-, donde pueden generar los márgenes que permitan cubrir el préstamo y otras necesidades de capital -depreciación de maquinaria, etc.-, dejando asimismo utilidad en la operación.

Los productos y servicios que se prestan están determinados por los diversos mercados, los cuales establecen los tiempos y plazos de transformación de las materias primas en bienes de consumo. Entonces, el crecimiento “natural” de la economía se basa en esa capacidad empresarial de producir bienes y servicios cubriendo los costos y gastos asociados, así como en la depreciación y las inversiones necesarias a fin de lograr mejoras en la productividad. De esa diferencia nacen las necesidades de mayor capital y el aumento de la producción consiguiente. En este crecimiento “natural” no existen fenómenos de *boom & bust*, dado que, en primer lugar, no existe un *boom* o crecimiento desmedido.

La intervención del Estado -normalmente a través de la tasa de interés y la masa monetaria- genera una distorsión brutal en este sistema de predicciones: los empresarios, al notar un aumento súbito en el consumo, invierten desproporcionadamente a la demanda real por bienes y servicios. A ello se le denomina “malinversión”.

El ajuste -el *bust*- se produce cuando el mercado de capitales es incapaz de suplir la necesidad de los mismos, y la crisis entonces es la consecuencia de limpiar del mercado las malas inversiones realizadas.

En este último capítulo intervencionista del gobierno norteamericano, sería necesario recordarle a los amantes de los guarismos que la Reserva Federal Norteamericana (FED) mantuvo la tasa de interés por debajo del 2% por casi tres años, llevándola incluso al 1% por 12 meses (entre el 2003 y 2004). Además, la guerra en Irak ha demandado ingentes cantidades de recursos, cubiertos, cómo no, con mayor emisión monetaria. Cuidado, que la crisis del 29 se produjo bajo similares auspicios intervencionistas, prolongando la crisis nueve años más de lo debido.■